

Hijo de ladrón obtuvo a raíz de su publicación un extraordinario éxito tanto en Chile como en naciones extranjeras. Aquí, fuera de ser leída la novela al través de varias ediciones, se otorgó al autor el Premio Nacional de Literatura, con el cual se coronaban cuarenta años de labor en las letras. En las naciones extranjeras, en fin, el libro fue traducido al inglés, alemán, italiano y yugoslavo. Es de esperar que *Mejor que el vino* consolide esta excelente acogida y sirva para abrir con el nombre de Manuel Rojas un surco de respeto a la literatura chilena, de que ésta, por cierto, se halla muy necesitada.

RAÚL SILVA CASTRO



Islas en la ciudad, por MARÍA ELENA GERTNER
Edic. del Nuevo Extremo. Santiago, 1958

¿HAY ALGO ALEGÓRICO en el título de esta obra? Tal vez sí. Islas en la ciudad son las vidas de unos cuantos personajes sobre los cuales proyecta la atención el autor de una novela, para mostrarlos en la desnudez de sus instintos y viviendo desatadamente. Por lo menos así ocurre en este libro. Los seres viven muy a sus anchas, dominados por pasiones y reflejos circunstanciales.

Pero cuando se dice que viven desatadamente, más se alude al ritmo impreso a la novela por el artista que a otra cosa. La verdad es que María Elena Gertner posee, como novelista, un ritmo sumamente rápido para contar, no se detiene, salta de tema en tema, y va ofreciendo de cada vida sólo la porción que le resulta indispensable para lograr la trabazón. Los personajes que pueblan su libro son muchos, varias son las acciones, y sin embargo el libro conserva la unidad y, sobre todo, se lee con vivo interés.

Hay quienes creen que hay algo de inverosímil en el hecho de que una colegiala se introduzca en el auto de un sujeto maduro y le diga, de buenas a primeras, que desea ser su amante. Seguramente lo es. María Elena Gertner, en este caso, estaría pagando tributo a una moda literaria, la cual aconseja atribuir a las más tiernas jovencitas los impulsos, las decisiones, las resoluciones enérgicas, que habitualmente se conceden a los seres maduros. A cambio de esta caída en lo convencional de la moda, ¡cuánta riqueza de intuición psicológica hay en este libro! Decíamos hace un instante que posee un ritmo sumamente rápido. Añadamos que tal vez debido a ello, al

lector le pasan inadvertidos los valores de fondo, y debe reconstruirlos después de la lectura, con ayuda de la memoria.

Uno de ellos es la vida de un grupo de muchachos en el colegio, que cometen una fechoría y que para soslayar los castigos que han merecido, optan por arrancarse de sus casas, provistos como para un picnic. Son adolescentes, y actúan con una gracia extraordinaria. La autora los considera con el mismo esmero que a los personajes adultos, y aun cuando ocupan un corto espacio en el libro, sirven para sazonar admirablemente el conjunto.

Otras son las cartas que se cambian dos mujeres. La que escribe Chabela en Santiago (pp. 100-3) es toda una obra maestra: carece de puntuación, incorpora a los personajes a la fuerza, presenta como deducciones lógicas meras repeticiones, etc. No todas las cartas femeninas son tan correctas dentro de su arbitrariedad, pero para no caer en la caricatura era preciso salir así del paso. En cambio, la carta que escribe Carolina a su enamorado para alejarle (p. 161-3) conserva unas ridiculeces de marca mayor: "No importa el lugar que nos indique el acaecer histórico, o la colectividad dentro de la cual vivimos..."

La chica enamorada del hombre maduro se siente desdeñada e incomprendida, e intenta suicidarse. De allí podríamos desprender que aquella pasión de los primeros pliegos, que parecía satisfacerse con la alcoba y que era, todo considerado, algo como capricho de chiquilla consentida, se revela como pasión profunda, de las que suelen acompañar a una mujer toda la existencia. Sea de ello lo que fuere, el hecho es que la joven vuelve a la vida y se recupera. No hay un epílogo para semejante conflicto; el que la autora ha dado en el breve capítulo final (p. 187-90) vale para todo el libro, y es una pequeña obra maestra de gracia y de finura.

No se haga el lector la ilusión de que va a leer una gran novela, ya que las tesis a que se ha aludido en algunos comentarios anteriores que ha merecido esta novela, no pasan de ser insinuaciones, que bien pueden quedar inadvertidas en la lectura. Pero en cambio, seguramente, agradará a todos los lectores la forma despejada y certera en que cuenta la autora, el diestro pulso para señalar a los personajes con pocos rasgos, la gracia con que se mezclan diferentes grupos y la prontitud con que se cambia de registro para no cansar por insistencia en lo ya expresado. Desde este punto de vista, María Elena Gertner se gradúa con nota singularmente feliz entre los jóvenes novelistas chilenos.

RAÚL SILVA CASTRO